



Lo que es mi cruz

Gustavo Andrés Hernández Patlán*

Toda mi vida la he hecho aquí en San Jerónimo. ¿Por qué? Mi papá nos dejó al nacer mi hermanita, Xochi. Y mi mamá murió cuando yo tenía quince.

Mi jefe, Rodrigo Maldonado llegó a la presidencia municipal, en sus palabras “por pura pinche mala suerte”. Quedó mal con los altos mandos del partido, y fue castigado con en este pueblo. Más que hacer bien su trabajo, había poca cosa por hacer. Hasta que la enfermedad llegó.

Los pobladores, no son diferentes a los de ciudades más cercanas. Físicamente son idénticos: morenos, charros, pie plano y con nulo bello corporal. A pesar de que las ciudades vecinas tienen un desarrollo urbano más amplio, son parte de la zona más marginada del país.

A este pequeño pueblo, lo que le ha impedido seguir el paso de los municipios colindantes, ha sido su ubicación geográfica. Se encuentra en medio de la selva. Un camino de terracería, entre arboles de ceiba y caoba, lodo y piedrones, une a lo que solía ser planicie verde con cuerpos de agua, con el exterior.

Mi madre siempre cuidó a mi hermana. Su piel sensible, le impedía exponerse a los rayos del sol. Tampoco habla muy bien porque nació con la lengua muy larga y algún impedimento mental para relacionar palabras con objetos. Además de parecer alledada todo el tiempo. Por la tarea que mi mamá cumplía, comencé a trabajar muy chico. Antes de perecer, mencionó que cada cierto tiempo Xochi sufría de ataques muy fuertes, en uno de estos mi hermana había perdido su oreja izquierda, y que lo mejor era tenerla encerrada todo el tiempo.

Recientemente conseguí trabajar para Rodrigo Maldonado, como su asistente. Rumores decían que la muchacha anterior a mí, cargaba a su hijo ilegítimo, por eso se fue del pueblo.

* **Estudiante de la Licenciatura en Derecho en la División de Derecho, Política y Gobierno, Universidad de Guanajuato.**

Una mañana el gobernador llamó, exigiendo hablar con Maldonado. Este dormía en el sillón de su oficina, como de costumbre.

—¿Qué chingados quieres?!— gritó.

—Lo llama el gober, licenciado— me había pedido que lo llamara así, a pesar de tener carrera trunca en leyes.

Por la pequeña venta pude ver cómo, de un salto, llegó a su escritorio para conectar la línea telefónica y abrir su mezcal oaxaqueño. Tras diez minutos me dijo:

—Ocupo a Zúñiga, Ávila y Sánchez en mi oficina. Es para ayer.

Una hora después los tres solicitados hicieron acto de presencia.

—Bien, señores. Necesito de su ayuda. El gober llamó para exigir ni un solo contagiado por este virus. Si llega a haberlos, o peor aún, llega a haber cadáveres, nos cortan los, ya de por sí míseros, pesos del presupuesto

La doctora Sánchez, que hubiera preferido seguir ayudando a los niños en África Occidental, tomó la palabra:

—Lamento informarle que ya hay un caso registrado.

—Yo seré al último que informas de esto. Es una orden, ¿entiendes?

—Es mi deber mandar el reporte a las autoridades estatales. De poco van a servir sus órdenes cuando todos estén infectados y empiecen a fallecer. No puede esconder a tanto muerto.

—Concuerdo con la doctora— interrumpió el cura Ávila—. Además, es mi deber moral intervenir por el bien del pueblo.

—Si tan fuerte es su pinche deber moral, ¿por qué sigue dando misas?

—La gente me exige. Y dígame usted, sin los diezmos, ¿de dónde voy a sacar para mis comidas y para mantener bonito el templo?

—Si pendejo no es, Ávila—. Maldonado le dio un trago a su mezcal—. Entonces, ¿qué debemos hacer doc?

—Para empezar, cerrar el camino por el cual se entra y se sale del pueblo. Lo primordial es recluir a todos en casa. La gente sigue sin entender. Se han pegado anuncios por todos lados, pedido en la radio comunitaria, y hasta el padre lo ha mencionado en misa.

Zúñiga, con texana y botas de Houston, se puso frente al escritorio:

—Rodrigo, usa a los pinches azules. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Ávila le recordó la vez que unos policías pidieron, a un grupo de muchachos, que no estuvieran tomando en

la plaza. Estos esparcieron el rumor de que los agentes se dedicaban a rapta niños para vender sus órganos. La patrulla en la que viajaban terminó casi tan calcinada como los jóvenes oficiales.

—Tengo una idea—, dije, después del silencio provocado por el recuerdo del suceso. —Un hombre-lobo—.

Los otros cuatro se vieron entre sí con incredulidad, después se carcajearon. Maldonado me contestó:

—Sabía que eras pendejo, pero nunca pensé que rozaras la imbecilidad real.

—Esperensen— interrumpió Zúñiga—. Tiene razón. Si cierras las tiendas, fondas o cantinas que hay, la gente igual va a estar en la calle. Con los chismes de un monstruo, nadie va a querer salir.

Maldonado, desesperado porque no se le ocurría otra cosa, decidió llevar a cabo la idea.

El plan era el siguiente: durante la noche, Zúñiga mataría a una de sus vacas. Con un machete y una azada, para aparentar que algún animal lo había hecho. Cuando en la mañana, los trabajadores llegaran al rancho, serían testigos de la escena. Durante la misa del día, el padre confesaría haber visto a la criatura asesina suelta por el pueblo, y que todos debían encerrarse en sus casas.

A los sanjeronimeños no les importan demasiado las cosas. Tampoco son muy listos. Buscan vivir por sus medios, y por los que rara vez el gobierno les brinda. Si podías dar despensas, y llevarte bien con los más conocidos del lugar, tenías la elección asegurada. El Movimiento Revolucionario Institucional era el partido experto en ello. Ya más de 70 años siendo el único en gobernar, lo avalaban.

Nadie imaginó que el plan iba a salir al pie de la letra. Dos semanas pasaron y ni un alma recorría las calles, por miedo a ser la próxima víctima del licántropo. De vez en cuando, se hacían hoyos en la tierra, aparecían perros muertos en la plaza o gallinas de Zúñiga (que Maldonado quedó de pagarle) quedaban sin cabeza por la calle principal. Todo para demostrar que el peligro seguía latente.

La doctora se encontraba reportándole al presi el estado de los enfermos. Además del primer caso, una mujer que visitó a su hijo en la capital del estado, solo otros dos hombres, el esposo y el hermano, presentaban síntomas. Todos estables y asilados en la sala más pequeña del precario hospital, pintado de color pistacho. El mismo color que representaba al MOREIN.

Nadie imaginó que el plan iba a salir al pie de la letra.

Ávila entró súbitamente a la oficina, aunque yo le repetí varias veces —El licenciado está en una junta—.

—Los hijos de doña Jacinta me han exigido la cruz de Cate-na, para hoy a las ocho.

Por si la muralla verde que protege al pueblo fuese poco, los habitantes guardan, en la humilde iglesia local, una cruz gigantesca. Esta ha protegido de guerrillas revolucionarias, pasando por grupos de narcotráfico, hasta invasiones de empresas intercontinentales tratando de robar los pocos recursos que hay.

Tiene ocho metros de altura, el palo que la cruza mide cinco. Esta cruz se alza en la plazuela, que enfrenta a la ya mencionada iglesia y a la, aún más modesta, presidencia municipal. Se debe seguir un procedimiento, acompañado de algunos rezos que solo Jacinta conocía.

—¿Qué les dijiste?— a Maldonado se le saltó una vena del cuello.

—Que pasaran por ella, ¿cómo le voy a negar a mi gente lo que es suyo?— en realidad, la familia de la señora recibía misas privadas todos los días. Amenazaron con dejar de pagarlas si se negaba a ceder la cruz.

—¿Ahora?— miró a la doctora, exigiendo una solución.

—Yo no sé qué vayas a hacer, Rodrigo. Advierto el desconocimiento de algún asintomático, que pueda contagiar a los demás, si la ceremonia se lleva acabo.

—Si no tienen soluciones, ¡pues a chingar su madre!— Sánchez y Ávila salieron del cuarto.

Su única opción era solicitarle a Aldebarán (presidente municipal de la ciudad más cercana y acérrimo enemigo) refuerzos para que la policía impidiera esto. Maldonado hubiese preferido comer mierda, pero tenía las manos atadas. —¿Con que comiendo mierda con las manos atadas?— contestó Aldebarán al terminar de oír la historia y la petición de Rodrigo—. Te ayudaré esta vez, pero me debes una. Envío a Carrillo y a sus hombres para ver de qué te pueden servir.

El jefe me dijo que a las siete de la tarde, el comandante Carrillo y él, se reunirían en una vieja caseta, a cinco minutos del pueblo. Debía estar ahí veinte minutos antes para limpiar un poco.

—Y recórtate esa barba de mariguano. Van a pensar que somos unos indecentes.

Regresé a casa para darle de comer a Xochi. La puerta estaba completamente abierta, me alarmé al instante. Mi hermana había desaparecido. Los vecinos comentaron no haber visto nada ni a nadie, juntos empezamos a buscarla.

Vi la hora que era y decidí pedir a mis vecinos continuar la búsqueda. Aceptaron de la mala gana.

—Muy fácil, Maldonado.

—Lámame licenciado o señor, Carrillo—. El comandante lo vio de pies a cabeza, dio un gran suspiro y continuó:

—Si este es el único camino al pueblo, y además nos lleva a la plazuela, que unos bloqueen la salida y el resto va a darles en su madre, hasta que se metan como cucarachas.

Así como el gobierno de Rodrigo, el plan era toda una improvisación. El comandante ordenó a sus hombres moverse. Para no levantar sospechas, los uniformados se habían quedado unos kilómetros atrás, esperando órdenes.

Mientras Maldonado encendía un cigarrillo, el sol se ocultó súbitamente, dejándonos a oscuras. La llama del encendedor era el único destello que iluminaba el cuarto. Carrillo sacó una linterna, e intentó comunicarse con sus hombres.

—Señor, hay varios árboles por el camino de terracería, los vehículos no pueden pasar— respondió un policía a través del radio. Al salir de la caseta todo era oscuridad, la luna llena deslumbraba en el cielo. Con la linterna vimos que, sobre la tierra, aparecieron surcos.

En la vegetación algo se movía. El presi ordenó a Carrillo disparar contra lo que estuviese ahí, ante la negativa, vació el cartucho de su calibre .22 contra los matorrales. Por un segundo hubo silencio.

Algo se abalanzó sobre Maldonado, haciéndole una grave herida en el cuello. Yo quedé atónito. Carrillo empuñó su rifle Mendoza y disparó, hiriendo a la bestia.

Nos acercamos a los dos cuerpos. Tanto Maldonado, como el enorme animal, respiraban con dificultad.

—¿Por qué le falta la oreja a esta cosa, si el disparo fue directo a la espalda?

Con la voz entre cortada, y la guayabera teñida, escurriendo rojo, Maldonado ordenó acabar con la alimaña. El dedo fue al gatillo, y podía sentir el frío sobre mi columna vertebral. Lo último que recuerdo eran mis barbas crecidas hasta el suelo, cuando horas antes fueron cortadas al ras de mi piel.

Nadie pudo detener el ritual, las plegarias dichas, junto con el levantamiento de la cruz de Catena, en la plazuela de San Jerónimo. Al día siguiente el pueblo entero retomó sus actividades; ir a trabajar al racho de Zúñiga y, al terminar la jornada, llenar el estómago en la fonda de su esposa, la

Alejandra. Los niños fueron a la escuela, que es aún más precaria que el hospital, pero ambas color pistacho. Asistir a misa y dar diezmo todos los días. Saliendo de misa, sentarse en las bancas de la plaza esperando a que la noche llegue. Y tirarse en la banqueta a tomar caguama.

Días después en la sección criminal de los periódicos nacionales dieron la noticia de los restos de dos hombres encontrados en una cueva. Rumores dicen que solamente aparecieron la cabeza de Maldonado con la boca abierta y los dedos cercenados del coronel dentro de ella. Cosa que a mí no me consta.

No mencioné nada de lo sucedido. Tampoco reporté la desaparición de Xochi a las autoridades. Decidí aventurarme al monstruo de concreto, nada peor puede suceder ahí.

En tres semanas el hospital estaba abarrotado. Los primeros en perecer fueron los viejos, entre ellos Ávila, cuyos pulmones eran más negros de las pezuñas del mismísimo Lucifer. Después las personas con padecimientos cardiovasculares, Zúñiga y Alejandra.

El remplazo de Maldonado terminó pidiendo ayuda al gobierno del estado, que efectuó una campaña de limpieza de espacios públicos y traslado de todos los enfermos a la capital. Por el constante contacto con pacientes, Sánchez fue conectada a un respirador, en una camilla del Hospital Regional No. IV.

Yo en unos días me voy de San Jerónimo. Ahora es un pueblo fantasma. Decir que fue culpa de la gente, o de sus gobernantes, sería echarme tierra en los zapatos.

Es cierto que, a veces, la voluntad no basta. No importa que sea la de una o mil personas. En esos casos solo queda esperar lo menos peor. Esperarlo, mientras lo ignoras, puede ser insensato, pero suele ser lo más común.

**Es cierto que, a veces,
la voluntad no basta.**